

La literatura como creación de lengua


La Real Academia Española inicia su curso 1995-1996. Lleva más de dos siglos y medio velando por la lengua española. Hoy ha alcanzado una maduración que acaso no se esperaba a comienzos del siglo XVIII; y una extensión que, aunque ya establecida entonces —era la lengua de la América hispánica—, no tenía el enorme número de hablantes de nuestra época, ni el uso en ella había alcanzado la importancia y el valor de creación que le corresponde en nuestros días. Por otra parte, el español experimenta, dentro de nuestro país, dificultades que no eran siquiera imaginables cuando esta Academia fue creada.

Pienso que puede tener interés considerar la lengua desde una perspectiva que no es la usual, quiero decir que no es exclusivamente "lingüística". Pero hay que advertir que el primer diccionario de esta Academia era un *Diccionario de Autoridades*, es decir, que era parte integrante de él el testimonio de los grandes escritores, en suma, la literatura. Acaso no sea inoportuno recordar la función que tiene en la misma creación de la lengua.

La vida humana es una realidad *interpretativa*. No está hecha, sino que se va haciendo; es proyectiva, imaginativa, hay que previvirla

**JULIÁN
MARIÁS**

«La vida humana es una realidad *interpretativa*. No está hecha, sino que se va haciendo; es proyectiva, imaginativa, hay que previvirla como "tal" vida; tiene que incluir una teoría de sí misma, hecha de irrealidades que todavía no existen. Es la única realidad conocida de la cual forma parte *Imposibilidad* como tal.»



como "tal" vida; tiene que incluir una teoría de sí misma, hecha de irrealidades que todavía no existen. Es la única realidad conocida de la cual forma parte la *posibilidad* como tal.

Por eso le pertenece ese extraño fenómeno que es el *decir*. No puedo vivir más que diciendo; por lo pronto diciéndome a mí mismo, imaginando quién pretendo ser, anticipando lo que todavía no existe ni es seguro; pero como el hombre es *convivencia!*, como nace con otros y encuentra el *tú* antes que el *yo*, ese decir es decir a los demás, antes de contraerse a la propia intimidad.

Ese fenómeno es bastante complejo. El *decir* es solo el primer nivel, que pertenece a toda posible vida personal. En la forma concreta en que la conocemos, es decir, el *hombre*, ese decir se realiza primariamente en el *lenguaje*, la forma fonética y auditiva en que acontece. El hombre es un animal singular, yo lo defino como "el animal que tiene una vida humana"; tiene una estructura empírica, es aéreo y no acuático, con una anatomía muy precisa, con órganos vocales y acústicos, ordenados en torno a ese músculo rojo que llámanos *lengua*. Si la vida personal como tal es *dicente*, el hombre es además *locuente*, hablador, parlante.

No termina aquí la historia. El hombre es social e histórico. No existe un lenguaje único, sino que este se realiza en diversas *lenguas*, llamadas también "idiomas", porque son la forma *propia* de hablar de los diferentes grupos humanos, en un tercer nivel de concreción. Los tres son inseparables, y es menester tenerlos en cuenta si se quiere entender ese rasgo esencial de lo humano.

El fenómeno primario es, por supuesto, el *habla*. La lengua es por lo pronto lengua hablada, y la inmensa mayoría de las existentes han sido y son solamente eso. De ahí hay que partir, pero sería una peligrosa tentación quedarse en ello. Durante milenios se han hablado lenguas *no escritas*, que no han tenido más que una realidad motriz, vocal y auditiva, no visual.

Estas lenguas están definidas por cierta elementalidad; los actos verbales son fugaces, desaparecen tan pronto como se realizan; esto les da una inestabilidad que dificulta su fijación; por eso tienen propensión a la fragmentación en diversas variedades, lo que se llama "dialectos" o formas de hablar; y a la vez al enquistamiento en cada una de ellas. No van más allá de las necesidades expresivas y comunicativas de los grupos que las hablan y de las circunstancias precisas en que se encuentran esos hablantes, cuyas formas de vida suelen ser relativamente primitivas. El horizonte de esas lenguas es forzosamente muy limitado.

La escritura, y su consecuencia inmediata, la lectura, trasladan lo auditivo a una dimensión enteramente distinta, la visual, originariamente ajena a la lengua; alteran su carácter temporal y sucesivo, introducen una posible simultaneidad, la "sinopsis", que no existe en la palabra hablada. Esto hace posible volver sobre lo dicho, es decir, lo escrito, y por tanto la fijación. Esto da a las lenguas una estabilidad que de otro modo era imposible; y digo "era" porque en nuestro tiempo, y no antes, se han descubierto técnicas que permuten la fijación y conservación de la palabra hablada, de la realidad auditiva de la lengua. Si esto se hubiese realizado en otras épocas, la historia de la humanidad sería considerablemente distinta.

La escritura da a las lenguas estabilidad y continuidad y permite la extensión más allá del reducido grupo originario; es, además, la liberación de la necesidad de la presencia física, de las limitaciones de la voz y la capacidad auditiva. Es, finalmente, el instrumento de la permanencia, que puede afectar a todas las dimensiones de la vida: *verba volant, scripta manent*. Ahora, bien lo sabemos, las palabras no vuelan, sino que pueden quedarse; pero la fugacidad ha sido el destino de lo hablado durante toda la historia anterior a nuestro tiempo.

Pero no se trata solamente de escritura y lectura. La consideración meramente lingüística de las Lenguas es una tentación peligrosa, una mutilación que lleva a graves errores. Incluso en las no escritas puede existir un factor que va más allá de ellas como sistemas fonéticos y significativos, y que tiene un papel capital. Me refiero a la *literatura*.

No hay que insistir en las enormes limitaciones de la que no se escribe, sino que se recita o canta y se transmite por tradición oral, en las múltiples variantes que magistralmente estudió nuestro Ramón Menéndez Pidal. Aun así, la imaginación literaria es un factor de enriquecimiento de las lenguas meramente habladas, y las formas métricas o rítmicas son un factor de fijación y conservación. Pero la literatura, como su nombre indica, existe propiamente con la *letra*, con el escrito, con la traslación visual de lo hablado.

La expresión oral tiene una larga serie de limitaciones. La referencia a una situación concreta en que se ejecuta el acto de emisión, recepción y comprensión de la palabra; la necesaria brevedad, la dificultad de retención, la imposibilidad de articulación de largas series verbales, que tienden a fragmentarse.

La letra, la literatura propiamente dicha, permite la conservación del pasado, y con ello la existencia de la memoria histórica; lo que era

«La imaginación literaria es un factor de enriquecimiento de las lenguas meramente habladas, y las formas métricas o rítmicas son un factor de fijación y conservación. Pero la literatura, como su nombre indica, existe propiamente con la *letra*, con el escrito, con la traslación visual de lo hablado.»



"inmemorial", situado en un pretérito impreciso y no localizado, puede ordenarse y datarse, adquirir un sentido histórico. Pero además la literatura introduce el despliegue de la imaginación, la exploración de irrealidades que no tienen más que existencia mental, la ficción en sentido estricto, la experimentación imaginativa de las posibilidades humanas, más allá de lo real, la invención de situaciones no realizadas y aun irrealizables, el descubrimiento y ensayo de innumerables sentimientos, relaciones humanas, proyectos vitales; de las fuerzas y poderes que condicionan la vida, hasta de su desenlace, la anticipación de la muerte propia o ajena y la comprensión de su sentido.

Por otra parte, de esta nueva situación depende la posibilidad del pensamiento complejo, los mecanismos de indagación, descubrimiento, concatenación, justificación, prueba; en suma, la construcción de edificios mentales en que se realizan la filosofía, la teología, las ciencias de la naturaleza o de lo humano, la indagación de la realidad entera y de lo que se descubre como posible, deseable o temible. La literatura es el más formidable instrumento de dilatación de la vida humana. Gracias a ella y en los últimos tiempos a la técnica científica, nuestra vida es propiamente humana, innovadora y dramática: una realidad en expansión.

La lengua no se reduce a un léxico, ni a una fonética, por lo demás variable, ni a una estructura gramatical de relativa rigidez. Es sobre todo una *instalación* en la cual vive el que la habla, desde la cual se proyecta vectorialmente en las funciones de expresión, comunicación y significación, y que a su vez se va modificando por esa vida, por los actos ejecutados en ella.

Por eso la lengua, lejos de agotarse en lo estrictamente lingüístico, en lo que podríamos llamar "intralingüísti-co", es el ámbito en que se realiza toda una dimensión de la vida, resultado de múltiples experiencias individuales y colectivas, históricas, e incluye esencialmente repertorios de giros, conexiones, complejos de significación. La visión de lo real está condicionada por la lengua, que introduce en ello articulaciones, jerarquías, distinciones y confusiones, estimaciones. Lo que llamamos "mundo" es en buena medida resultado de la lengua en que se está instalado.

La literatura, en la medida en que es descubrimiento y exploración de realidades exteriores o interiores, incluso íntimas y puramente imaginativas, contribuye de manera extraordinaria a la creación del léxico, bastante primitivo en las lenguas no literarias, concentradas sobre lo presente e inmediato, mientras que adquiere inmensa

«La lengua no se reduce a un léxico, ni a una fonética, por lo demás variable, ni a una estructura gramatical de relativa rigidez. Es sobre todo una *instalación* en la cual vive el que la habla, desde la cual se proyecta vectorialmente en las funciones de expresión, comunicación y significación.»

riqueza en las que han tenido un cultivo creador a lo largo de varios siglos.

Las lenguas que carecen de literatura o han sido vehículo de un mínimo de ella son necesariamente pobres, limitadas, reducidas a los actos verbales suscitados por situaciones que no van más allá de las normales de la convivencia cotidiana o de algún suceso excepcional que no es tampoco origen de grandes innovaciones lingüísticas.

A lo largo de la historia de la humanidad han existido muchos millares de lenguas, en número que siempre me parece asombroso y nunca explicado, restringidas a la comunicación de grupos humanos, casi siempre reducidos, con frecuencia aislados, que han desaparecido sin dejar huella cuando se ha extinguido su uso. Piénsese en los centenares, acaso millares de lenguas que se hablaban en la América anterior al descubrimiento, cada una de las cuales estaba adscrita a una comunidad que solo en algunos casos era dilatada, en la mayoría era mínima, y que no era inteligible fuera de estrechos límites. En la actualidad hay países africanos en que se hablan decenas de lenguas, en algunos casos varios centenares. En conjunto estas lenguas son hoy varios millares, y tienen considerable interés antropológico y filológico; pero su realidad como tales lenguas no es comparable a la de las que han sido desarrolladas, elaboradas, enriquecidas, matizadas por una literatura, y en especial por una continuidad histórica que les ha permitido recoger y reflejar la vida secular, acaso milenaria, de un pueblo o tal vez de un grupo de pueblos.

Resulta, pues, que la literatura es un ingrediente constitutivo de la lengua cuando esta *alcanza* sus posibilidades reales. El hecho de que existan lenguas no literarias no debe ocultar el que les pertenece la posibilidad intrínseca de poseerlas. No se olvide que la vida humana incluye lo posible tanto como lo real y existente. La eliminación de lo que parece "solo" posible es en rigor una mutilación.

Todo lo humano se *realiza* en diversos grados, desde los más primitivos o que resultan de una anormalidad o decadencia hasta los de máxima perfección. Hay una tendencia, que me parece errónea, a fijar la atención en las formas inferiores y no en aquellas en que el fenómeno en cuestión *alcanza* su plenitud.

Se da por supuesto que lo inferior es lo "primitivo" en el sentido de lo más antiguo, por una creencia automática en el progreso, sin pensar que existen retrocesos, decadencias, situaciones de aislamiento que producen enquistamientos anormales, que pueden ser posteriores a formas de mayor perfección, con superior grado de realidad. No se puede renunciar al estudio de las formas deficientes, pero más bien

«Resulta, pues, que la literatura es un ingrediente constitutivo de la lengua cuando esta alcanza sus posibilidades reales.»



se debería intentar comprenderlas desde las plenas y logradas; es menester ver la afasia como una afección de la elocución normal, las deficiencias mentales o la demencia como alteraciones de la racionalidad. He recordado a veces que Taine definía la percepción como "una alucinación verdadera", *une hallucination vraie*.

Desde esta perspectiva, la literatura aparece como inseparable de la lengua, aunque de hecho pueda separarse, es decir, no darse en la realidad de algunas lenguas. En todo caso, forma parte de sus posibilidades intrínsecas, y estas se realizan o no según los acontecimientos históricos, que casi siempre tienen un origen ajeno a lo propiamente lingüístico. Podríamos decir que las lenguas están llamadas a crear literaturas que refluirán sobre ellas y serán factores capitales de su constitución.

Es evidente que entre las lenguas semíticas el hebreo ha tenido, como tal lengua, un destino y una realidad extraordinarios, porque en esa lengua se ha escrito la Biblia, al menos el Antiguo Testamento, y el que el Nuevo no se haya compuesto en hebreo sino en griego ha afectado a ambas lenguas y buena porción de la historia de la humanidad. Aparte de su significación religiosa, la Biblia es una asombrosa creación literaria, y el hebreo ha sido en cierta medida "hecho" por ella. Con menor alcance, algo semejante significó el Corán para el árabe, que ha quedado vinculado a esa manifestación de la literatura, a ese "libro".

El griego y el latín han tenido como lenguas un desarrollo y un grado de perfección incomparables porque no han sido solamente las usadas en su conversación por los pueblos que las hablaban, sino que en ellas se han escrito espléndidas literaturas que han sido las verdaderas creadoras de esas lenguas. Sería posible evaluar, en el tesoro lexicográfico del griego y del latín, lo que es resultado inequívoco de la literatura; y se podría analizar la diversa proporción en que han intervenido en ello los varios géneros literarios, tan influyentes en las diferencias de los dialectos griegos y en su distinta perfección, dependiente también de la época. Y no digamos si se examina el contenido real que integra el griego y el latín, el repertorio de imágenes, metáforas, conexiones, procedimientos de interrogación, justificación, formulación y expresión de sentimientos. La filosofía helénica y el derecho romano como creaciones literarias han condicionado decisivamente y de modo muy diverso ambas lenguas. Las dificultades de traducción de una a otra son suficiente prueba de esta situación. Todo eso es la verdadera *realidad* de esas lenguas, que no se reduce a un diccionario y una gramática. Los cuáles, como vemos, son en enorme proporción consecuencia de la literatura, sin la cual serían

«Sería posible evaluar, en el tesoro lexicográfico del griego y del latín, lo que es resultado inequívoco de la literatura.»



bien distintas, como muestran aquellas que podrían ser "afines", por su proximidad lingüística, pero cuyo destino histórico ha sido enteramente diferente.

Las literaturas son de muy desigual valor y alcance. Un factor decisivo es su continuidad. Cuando acompañan a un pueblo a lo largo de toda su historia, cuando se van nutriendo del drama en que consiste toda vida humana, y a la vez lo van estimulando, interpretando, haciendo inteligible y compartido por todos, van elaborando una lengua que más pronto o más tarde alcanza su madurez, su plenitud, y puede ser instrumento adecuado y siempre abierto de conocimiento y expresión.

No solo los cantares de gesta o el Romancero, también la obra doctrinal de Alfonso el Sabio han sido factores de que el castellano tuviese pronto posibilidades extraordinarias. Siempre me ha conmovido el hecho de que las Coplas de Jorge Manrique, que tienen medio milenio de antigüedad, sean plenamente inteligibles para cualquier hablante de español; son lingüísticamente actuales, lo que no sucede con textos de la misma fecha en otras lenguas.

Y creo que no es un azar que desde entonces la lengua española fuese el vehículo de realización de una historia que, precisamente a partir de aquel momento, se universalizó mediante la creación de una supernación en los dos hemisferios, la Monarquía hispánica o católica, a la vez que la lengua se iba convirtiendo progresivamente en lengua universal, propia de diversos países, de sociedades muy distintas y alejadas.

Las grandes literaturas creadoras, refinadas y que no han experimentado agotamiento, son el factor capital de la formación de lenguas con capacidad de crecimiento ilimitado, de adaptación a situaciones nuevas, con aptitud para vivir en otros suelos, habladas y escritas por hombres de otras razas, y ser factor de unidad y diversidad de una pluralidad de variedades de lo humano. Por eso son esenciales los individuos creadores, que pueden ser numerosos y eminentes o solo excepcionales, que pueden persistir a lo largo de varios siglos o extinguirse en cierto momento. No basta el *uso* lingüístico, colectivo y anónimo, para explicar plenamente la génesis de las lenguas superiores; es menester tener en cuenta la literatura, cuyo origen es siempre personal, rigurosamente individual.

La perfección de las lenguas está condicionada por las literaturas escritas en ellas. Y, por supuesto, por el estado en que se encuentran: su vivacidad, el grado de conservación y posesión de esas obras literarias. Por eso me parece decisivo lo que llamo el "espesor del presente", en este

«Y creo que no es un azar que desde entonces la lengua española fuese el vehículo de realización de una historia que, precisamente a partir de aquel momento, se universalizó mediante la creación de una supernación en los dos hemisferios, la Monarquía hispánica o católica, a la vez que la lengua se iba convirtiendo progresivamente en lengua universal, propia de diversos países, de sociedades muy distintas y alejadas.»



caso del presente literario. ¿Qué está vivo en cada momento? ¿Qué porción de la literatura de una lengua es leída, no meramente estudiada por profesionales y eruditos?. No basta, por tanto, con que algo se haya "escrito"; habrá sido decisivo para la formación de la lengua; pero es menester que siga vivo, que la lengua de una época posterior lo lleve "dentro", que los que la hablan se sigan nutriendo de lo que fue innovación, y conserven el resultado de aquella acción creadora. Por eso, velar por la literatura es una de las misiones más importantes de los que tienen la vocación de estudiar y cuidar la lengua. Por fortuna, en España es de sorprendente magnitud ese "espesor" del presente, y conserva plena actualidad la obra de escritores que han muerto hace muchos años.

Quizá no se repara lo suficiente en la enorme influencia que ha tenido en la formación de muchas lenguas, sin duda en las europeas, el uso del verso; no solo en la poesía lírica o épica, sino más aún en la dramática, en el teatro, constituido primariamente por el diálogo, la conversación, el "habla" acerca de todos los asuntos de la vida. El verso ha sido un instrumento de selección, de creación lingüística, de establecimiento de conexiones significativas. La pérdida de ello ha hecho que en nuestra época sean muchos los que no entienden lo que se dice en el teatro clásico, a pesar de que fue lengua hablada, coloquial, inmediatamente inteligible, cuando se escribió.

Algo tan literario como el extremado uso del hipérbaton fue un factor de la formación del latín y su disminución o abandono constituyó la principal diferencia del latín medieval respecto del clásico, con un reverdecimiento deliberado y puramente literario en manos de los humanistas.

De la literatura procede en ocasiones la transformación de palabras de larguísimo uso. He estudiado la nueva acepción positiva que adquiere en español —y no en otras lenguas— la palabra "ilusión" en la época romántica, el tránsito de expresiones como "hacerse ilusiones", "ser un iluso", a otras como "tener ilusión" por algo o alguien, "estar o vivir ilusionado". Esta variación decisiva se inicia en Espronceda y luego en Zorrilla, y de ellos pasa a los prosistas y, muy pronto, a la lengua hablada y coloquial, hasta el punto de perder hoy el "sentido fuerte" de esa palabra.

Sería interminable el catálogo del enriquecimiento de las lenguas europeas debido a la novela del siglo XIX, a la finísima exploración realizada en ella de la vida interior, de los sentimientos, las pasiones, las múltiples cuestiones tratadas en esa época y desconocidas en las anteriores.

«No basta el uso lingüístico, colectivo y anónimo, para explicar plenamente la génesis de las lenguas superiores; es menester tener en cuenta la literatura, cuyo origen es siempre personal, rigurosamente individual.»

Es claro que estoy empleando la palabra "literatura" en su sentido más amplio: las *Híteme*, lo que se escribe sin propósito exclusivamente utilitario, poniendo en juego la imaginación y la razón, que lleva dentro esencialmente lo imaginativo. Por eso ha sido decisivo el incremento de los "géneros literarios", de tanta significación lingüística, y no menos que en una lengua se cultiven, que se escriba sobre muy diversos asuntos, sobre campos muy distintos, que se lleve a cabo la exploración de todas las dimensiones de la vida. Hay muy varias formas de pensamiento: religioso, mágico, poético, narrativo, filosófico, científico, político, tantos más. Hay lenguas "incompletas", deficientes, porque sus literaturas lo han sido.

El hecho de que el latín haya sido en Occidente, durante muchos siglos, el instrumento de casi todas las formas de pensamiento teórico, a la vez que ha asegurado su universalidad y ha creado una amplísima comunidad inteligible y transitable, ha retrasado el desarrollo parcial de las lenguas vivas. Estas, las europeas, durante largo tiempo estaban en período de formación, con gran inestabilidad, y no eran aptas para ciertas formas de pensamiento, precisamente porque no se había pensado en ellas. He dicho que "el latín fue el invernadero de la mente teórica, entre San Agustín y el Renacimiento".

En el caso del español esto es particularmente visible y de graves consecuencias. Mientras algunas lenguas europeas crean, dentro de sus sistemas, una lengua filosófica, entre el siglo XVI y el XVIII, en España esto no acontece, por diversos motivos, hasta hace solamente un siglo. Creo que este retraso ha tenido, para todo el mundo de lengua española, consecuencias que no se han medido bien.

Pero este retraso ha tenido una compensación: el español en que al fin se ha engendrado una lengua filosófica es una lengua mucho más desarrollada y perfecta que lo eran en siglos pasados aquellas en que se escribió filosóficamente. El español estaba elaborado por un larguísimo cultivo sin interrupción de la lírica, el teatro, la novela, las crónicas y la historia, la ascética y la mística, la política. Por eso es hoy una lengua en que la filosofía puede realizarse con tanta perfección como en las más ilustres. Y acaso por la carga inmensa, propiamente literaria, que llevaba el español, la filosofía de nuestra lengua ha sentido cierta repugnancia al tecnicismo, al neologismo, precisamente porque el español hablado y escrito, la lengua viva, tenía singular riqueza y podía albergar, sin perturbación, el pensamiento más riguroso. Y acaso hay en nuestra lengua, en su propia estructura y en su vocabulario



«El hecho de que el latín haya sido en Occidente, durante muchos siglos, el instrumento de casi todas las formas de pensamiento teórico, a la vez que ha asegurado su universalidad y ha creado una amplísima comunidad inteligible y transitable, ha retrasado el desarrollo parcial de las lenguas vivas.»



vivo y cotidiano, unas cuantas posibilidades que se pueden aprovechar para pensar ciertos decisivos descubrimientos filosóficos. Cuando hablemos de lengua, y esta es la misión de la Real Academia Española, cuidemos de tomarla en su integridad, sin olvidar ninguno de los elementos que la integran, que constituyen su verdadera realidad y son la clave de su porvenir.

Discurso pronunciado en la Apertura del Curso 95-96 en la Real Academia Española.